

agujeros, había metido los pies dentro de enormes zuecos forrados por dentro de heno y un poco de paja; los cadáveres alemanes y franceses habían sido despojados de sus capotes, y más de un soldado alemán llevaba un pantalón encarnado y el dormán plagado de cordones de un garibaldino fantasioso.

Muchos se habían echado sobre los hombros sábanas y mantas de cama ó de caballo, pedazos de esteras ó de cortinas; uno de ellos había tomado para aquel uso hasta un viejo tapiz de altar, arrebatado en una pobre iglesia de aldea; todos los que todavía poseían un pañuelo o un pedazo de paño, se lo habían anudado alrededor de las orejas; pero había muchos que no tenían más que el uniforme hecho jirones; éstos trataban de calentarse, apelo-tonándose como los perros y apretándose los unos contra los otros. Todos aquellos hombres tumbados allí formaban una masa sombría en medio de la nieve manchada de barro y de sangre; á no ser por la respiración penosa, hubiera sido difícil distinguir, de primer intento, si eran cadáveres ó seres vivos.

Cuando los peor vestidos comenzaban á sufrir demasiado del frío, se les veía levantarse sobresaltados, y titubeando y adormilados, ir tropezando aquí y allí con los compañeros dormidos y los cadáveres, arrancando á los primeros violentas interjecciones. Numerosas patrullas vigilaban continuamente, por otra parte, manteniendo el contacto con el enemigo, que parecía resuelto á intentar algunas sorpresas, pero que se retiraba cada vez que un fuego vivo, partiendo de toda la línea alemana, le demostraba que estaban en guardia y prevenidos. Concluyó, por fin, aquella noche horrible; pero una tercera parte apenas de las tropas alema-

nas había podido descansar; los primeros fulgores del día comenzaron á impregnar el cielo de un lívido matiz; resonaron los toques de corneta y las voces de mando, y los pobres soldados pudieron levantarse con todos los trabajos del mundo, y abandonaron el suelo que habían logrado recalentar un poco. Las cimas vecinas del Jura se iluminaban una tras otra, alumbradas por los rayos del sol naciente; pero una espesa niebla envolvía el llano, ocultando las posiciones enemigas y la ciudad de Dijon. Pronto los soldados, cuyos cabellos y barbas estaban cubiertos de una espesa capa de escarcha, y cuyos miembros mortificaban los pinchazos del frío, sacudieron su entorpecimiento y comieron, en silencio, su último bocado de pan. Las facciones más frescas, las que no habían prestado servicio nocturno, adelantáronse inmediatamente contra el enemigo; naturalmente, iban casi arrastrando los pies, y llevaban en el rostro las huellas de la fatiga; pronto se oyó de nuevo estallar un fuego nutrido; los franceses, sorprendidos en su primer sueño, acaso en medio de gloriosos ensueños de victoria, se retiraron en desorden hacia Dijon; les persiguieron los alemanes, por esta vez sin gritar «¡hurra!», y cuando la niebla comenzó á disiparse vieron á distancia las alturas de Talant y de Fontaine coronadas de baterías, y cerca de ellas la puerta de Guillermo, vieja entrada de la ciudad, construída en el estilo de arco de triunfo romano; todavía un esfuerzo y se habría conseguido el objeto: renovaron el ataque con nuevo vigor; pero los franceses habían podido, gracias á la luz del día que rompía, reunirse y darse cuenta de la inferioridad numérica del ejército que daba el asalto; sus columnas se precipitaron desde lo alto de las colinas para amenazar la

retaguardia de los alemanes; tropas de refresco desembocaron de Dijón, y los alemanes, temiendo ser cogidos entre dos fuegos, se retiraron de nuevo hacia la montaña, donde les persiguieron los franceses vigorosamente; pero fueron acogidos con tal energía por las reservas alemanas, que se detuvieron y batieron después lentamente en retirada.

A pesar de este triunfo momentáneo, el general von Ketler reconoció que sus hombres, hambrientos, helados y aniquilados por la falta de sueño, no podrían hacer ya nada bueno aquel día; llevóselos, pues, á una media milla hacia atrás, y los garibaldinos, que creían haber obtenido una victoria, trataron de inquietarlos, y hubo necesidad de varias acometidas sangrientas para decidirles á renunciar á la persecución. Repartidos por las aldeas que habían atravesado dos días antes, los alemanes pudieron al fin descansar de las fatigas y privaciones de aquellos dos días de luchas mortíferas en las colinas de la Côte d'Or en que habían perdido cerca de la décima parte de su efectivo. La brigada se había retirado, como un saltarín que, ante un obstáculo, retrocede algunos pasos para tomar carrera. A la mañana siguiente, 23 de Enero, marchaba de nuevo sobre Dijón; esta vez tomaron por otro camino, que les permitía evitar las baterías de montaña de Talant y de Fontaine, y que conducía á la ciudad por el Norte. Las tropas alemanas avanzaban progresivamente por el camino y los terraplenes de la vía férrea de Langres á Dijón; los franceses no habían construido trincheras avanzadas por este lado; á la vista de los alemanes, sus avanzadas y sus centinelas se replegaron al campamento, y sólo hicieron frente cuando llegaron á las primeras casas del barrio de San Nicolás, en las cuales se establecieron. El prin-

cipal cuerpo alemán se quedó detrás del dique del camino de hierro, y fué acogido por una viva fusilería, viniendo de las estrechas riberas del Suzón y de los muros almenados que rodean las viñas por este lado; hacia el obscurecer, el segundo batallón del 62.º, de que Guillermo formaba parte, recibió la orden de despejar un poco el terreno por la derecha. Las cuatro compañías, desplegadas en guerrilla, se adelantaron á través de los jardines y huertas, de las viñas y las casas abandonadas de pobres gentes, y avanzaron cerca de setecientos pasos, llegando así á la entrada de la calle de Santa Catalina, larga y estrecha, en que comenzaban á aparecer algunas casas aisladas. A la entrada de esta calle se elevaba una fábrica alta de tres pisos, cuya fachada no consistía, por decirlo así, sino en ventanas separadas unas de otras por pequeños marcos de piedra y hierro; en cada una de las ventanas se distinguía un amontonamiento de cabezas, de cañones y de fusiles; se podía fijar en seiscientos, por lo menos, el número de hombres que ocupaban aquel edificio.

En el momento en que las primeras filas del batallón alemán desembocaron por la esquina enfrente de la fábrica, se produjo en un abrir y cerrar de ojos una transformación espantosa. Por todas las aberturas salió como un solo trueno un fuego continuo, que hizo temblar la casa sobre sus cimientos; cuarenta y ocho llamas rojas, inmensas, brillaron como otras tantas bocas del infierno ó cráteres, é inmediatamente después el edificio apareció envuelto por una espesa humareda, que le volvió completamente invisible. Luego, un nuevo trueno, un nuevo resplandor, un nuevo humo, y los relámpagos y los estallidos de rayos se sucedieron sin interrupción tras de aquellos muros de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

humareda oscura, que únicamente los disparos de fusil venían á iluminar de vez en cuando. De los soldados que se hallaban en el radio de la fábrica ni uno solo quedó en pie; á medida que iban apareciendo, caían en tierra muertos ó heridos, y el fuego parecía todavía querer aumentar en intensidad. Había que ponerse vivamente al abrigo, si no se quería que el batallón entero fuera diezmado; retrocedieron, pues, á la carrera, cerca de ciento cincuenta pasos sobre la derecha, y fueron á guarecerse en un arenal bastante profundo, precisamente enfrente de la fábrica. Durante este tiempo la fachada no había cesado de vomitar fuego; unos sesenta cadáveres, que escalonaban el camino de la fábrica al arenal, habían quedado tendidos para atestiguar su eficacia.

En cuanto recobraron alientos los valientes prusianos, volvieron á dirigir un fuego nutrido sobre la fábrica; pero no parecía producir efecto ninguno, porque el enemigo permanecía absolutamente invisible, y una espesa nube de humo, que sureaban resplandores rojizos, era el único blanco de los tiros de los alemanes. Duró aquello algún tiempo, hasta que un ayudante, dando un largo rodeo á través de los campos, llegó á galope, preguntando de parte del general qué era lo que pasaba y por qué no se iba adelante. El comandante mostróle con la espada la fábrica, diciéndole:

—Nos hace falta artillería para apoderarnos de eso.

—Imposible por ahora—replicó el ayudante.

El mayor, encogiéndose de hombros, ordenó á la 5.^a compañía que diera el asalto, y mientras adoptaba las disposiciones en este sentido, el fuego de los alemanes apagóse, y á poco el de los franceses; el enemigo quería evidentemente ver lo que

pasaba fuera, y necesitaba para esto dejar disiparse un poco la humareda. La compañía salió de su abrigo y se precipitó locamente en pos del abandonado, que se dirigía hacia la fábrica, y mientras tanto los que se habían quedado atrás trataban, con un fuego rápido, rabioso, de sostener á sus compañeros y desconcertar al enemigo; el mismo sorprendente silencio continuó reinando del otro lado cuarenta ó cincuenta segundos todavía, en la espera, sin duda, de darse exacta cuenta de los propósitos de los alemanes; esta corta prórroga permitió á los asaltadores avanzar sin sufrir ninguna pérdida hasta cerca de la mitad del camino de la fábrica; ya se apoderaba de ellos la embriaguez de la victoria y lanzaban un ¡hurra! triunfal; pero de pronto estalló una detonación más espantosa que todas las de antes; era un rugir continuo y salvaje, en el cual no había medio de distinguir los tiros aislados; al mismo tiempo todo el edificio se iluminó con un resplandor rojo oscuro, y las balas llovieron tan copiosas, que se hubiera creído que el cielo se entreabría y vomitaba un diluvio de proyectiles sobre los que iban al asalto; los defensores tenían probablemente armas de repetición preparadas de antemano, porque los disparos se sucedían con una rapidez vertiginosa.

Más de la mitad de la compañía cayó á tierra en un abrir y cerrar de ojos, y la bandera desapareció bajo la aglomeración de los muertos; los que sobrevivieron permanecieron un instante de pie como atolondrados; algunos, agujoneados por el instinto de la conservación personal, huyeron inconscientemente; pero en la mayor parte de ellos prevaleció también en aquel momento el instinto belicoso prusiano, que lleva al soldado á sustraerse al peligro más bien avanzando que retrocedien-

CARLOS ALFONSO VIGILANTE

do, y continuaron adelante con nuevos ¡hurras! pero sólo por algunos segundos; la bandera volvió á flotár en los aires tremolada por manos valerosas y volvió á caer inmediatamente; tres y cuatro veces apareció para desaparecer en seguida; cada aparición significaba el acto heroico de un Winkelried (1); cada desaparición, la muerte de un héroe. Luego nada se vió en pie: ni hombres, ni bandera; nada más que un horrible montón de cuerpos humanos entrelazados, estremeciéndose con sus mil miembros y arrastrándose y deslizándose como un pólipo fabuloso de los mares prehistóricos, de donde se escapaban gemidos ahogados, capaces de erizar los cabellos de los testigos de aquel espectáculo. Diez ó doce soldados que habían recibido dolorosas heridas se echaban á rodar ensangrentados, sin armas, sin cascos, con la mirada desencajada y el rostro contraído, hacia el lado del arenal; entre ellos se encontraban algunos de los que habían huído á la primera descarga: era todo lo que quedaba de la 5.^a compañía.

En el arenal reinaba un silencio de muerte: el fuego había cesado hacía un instante; los soldados consideraban con mirada triste el montón de cadáveres que se extendía ante ellos en el crepúsculo, y el puñado de sobrevivientes que se habían echado en el suelo extenuados. De pronto el mayor gritó:

—¡La bandera!

—¡La bandera!—repitieron murmurando muchos soldados, mientras que un gran número se callaban consternados y trataban de ocultarse cuanto podían.

(1) Arnolfo de Winkelried, héroe suizo. (N. del T.)

—Hijos míos, es preciso sacar á flote la bandera de debajo de los cadáveres—dijo el mayor con voz apagada.

Y echó luego una mirada á derecha é izquierda, como para que sirviera de cebo á veinte ó treinta hombres de buena voluntad entre los más próximos á él; el puñado aquel de hombres abandonó con precaución el abrigo y corrió, agachándose, hacia donde estaban los cadáveres; á pesar de la obscuridad, los franceses notaron aquel movimiento y comenzaron de nuevo un fuego infernal; algunos minutos después ya nada se movía otra vez en la llanura.

El capitán y Guillermo eran entonces los únicos oficiales del batallón que quedaban con vida; el primero gritó: «Los hombres de buena voluntad, ¡adelante!»; y en seguida le rodearon una docena de mozos de un valor heroico. Guillermo no se encontraba entre ellos; apoyado en su sable permanecía contra la pared del arenal y contemplaba con aire melancólico lo que pasaba. El capitán le dirigió una mirada de extrañeza, en que se mezclaban la ironía y la censura: luego, consultando su reloj como para saber la hora de su muerte, se precipitó fuera, gritando: «¡Adelante!» Ni siquiera llegó con su puñado de valientes hasta donde había mayor número de cadáveres; la fábrica vomitaba fuego y arrasaba todo ante ella. Luego los disparos se hicieron más lentos y se redujeron á salvas separadas por intervalos; en una de éstas salvas se oyó un grito estridente; uno de los heridos había recibido probablemente un balazo por segunda vez, y en el mismo momento vióse una forma humana erguirse para caer de nuevo en seguida. Sin hacer caso de las balas que silbaban á sus oídos, Guillermo había pasado la cabeza por encima del

borde de la pared, é inspeccionando el campo de batalla, levantóse de pronto con ayuda de las manos y de las rodillas, salió del arenal y se alejó solo, sin precipitarse, dirigiéndose, con gran asombro de los soldados, hacia los heridos. Los enemigos también le vieron, y los disparos de fusil que menudearon probaron que mucha gente le había tomado por blanco; ni una sola bala le alcanzó, sin embargo, y pudo llegar hasta el primer grupo de soldados caídos: un rápido vistazo le mostró que sólo había cuerpos rígidos y otros que se agitaban en los estertores de la agonía; avanzó más lejos, y de pronto una voz débil dijo casi á sus pies: «¡Aquí!» De un brinco se puso al lado del herido y reconoció á su capitán. «¿Es grave?», le preguntó, mientras le levantaba con todas las precauciones posibles y le cargaba sobre sus espaldas; el herido, que afortunadamente no pesaba mucho, acabó por responderle de una manera casi ininteligible, gimiendo y casi sin aliento: «Una bala en el pecho y otra en el pie; esta última me hace sufrir horriblemente».

Guillermo, retirándose con el herido sobre sus espaldas, tomaba, en medio de la noche, una apariencia de tal modo fantástica que los franceses, no sabiendo á qué atenerse, volvieron á tirar con más ahínco; pero llegó sano y salvo hasta el arenal, donde numerosos brazos le ayudaron á depositar al capitán, que se había desmayado. Tomó aliento un instante y luego gritó: «Si unos cuantos hombres quieren acompañarme, podremos volver allá abajo y buscar á algunos desgraciados que todavía respiran». Cinco ó seis hombres se presentaron en seguida, y se preparaba á dirigirlos en medio de una granizada, cada vez más fuerte, de proyectiles, cuando cayó de pronto ahogando un grito de do-

lor: una bala acababa de darle en la pierna derecha; sus voluntarios le arrastraron hasta el arenal y nadie se acordó ya más de la bandera ni de los heridos que allí yacían, expuestos al fuego violento de la fábrica; un ayudante, que no era el de hacía poco, porque á éste lo habían matado, llevó en este momento la orden de batirse en retirada; los restos del batallón se pusieron en marcha lentamente, al mando de un sargento. Al capitán, que no podía ser transportado, lo dejaron en la casa de un labrador de Messigny; Guillermo, por el contrario, que sólo estaba herido en las partes carnosas, y que la pérdida de sangre había extenuado, fué transportado con algunos más á Tonnerre, donde llegaron al día siguiente por la noche, después de un viaje de lo más penoso, que hicieron mitad en coche y mitad en tren.

En la casa-escuela habían instalado un hospital que contenía próximamente ciento veinte camas; á Guillermo le pusieron en un cuartito, donde había ya dos oficiales alemanes y franceses. Una hermana de la caridad y un médico civil alemán cuidaban á los heridos de este cuarto y del de al lado que albergaba igualmente cuatro heridos. Guillermo, cuyo semblante enflaquecido y pálido no había perdido nada de su belleza, ejercía allí, gracias á su voz simpáticamente armoniosa, á la nobleza de sus modales, á la modestia de su actitud, la influencia que ejercía siempre cuando podía obrar como hombre, y su personalidad no desaparecía bajo un uniforme; atraía á todos los que le rodeaban como si hubiera sido él un imán, y los demás limaduras de hierro; sus compañeros de cuarto renunciaron á los cigarrros, viendo que él no fumaba; el francés declaró en seguida «que era el prusiano no más amable que había visto»; la hermana,

una viejecita de Baden, le estrechaba maternalmente contra su corazón, y el médico no se apartaba de su cabecera, lo que podía hacer tanto más fácilmente, cuanto que ninguno de los otros siete pacientes estaba gravemente herido, y que ya no se recibían más heridos, porque París acababa de rendirse y el armisticio había sido proclamado. En los primeros días, la herida de Guillermo, mal curada y descuidada durante el largo trayecto de Dijon á Tonnerre, tenía muy mal aspecto. El método antiséptico inglés, todavía poco conocido en el continente, comenzaba allí á ponerse en práctica y alejaba todo peligro de gangrena y de erisipela; la fiebre disminuyó, y pronto cesó por completo. Guillermo pudo corresponder á la simpatía que le rodeaba; trabó amistad sobre todo con el médico; al cabo de poco tiempo se trataban como viejos amigos, y conocieron en seguida sus respectivas vidas.

El doctor Schrotter, así se llamaba el médico, era, en lo físico como en lo moral, un sér absolutamente fuera de lo vulgar; de estatura media, las espaldas muy anchas, las manos y los pies de grandes dimensiones, hacía el efecto de un gigante que se hubiera detenido en pleno crecimiento; su cabeza enorme, muy hermosa por lo demás, un poco inclinada, parecía como agobiada bajo el peso del pensamiento; sus rubios cabellos, todavía abundantes, entrecanos hacia las sienes, se alzaban en forma de tupé en la frente; su barba corta, á la manera de la del Emperador, dejaba al descubierto una maciza y ancha barbilla sureada por un hoyuelo, y su fino bigote contorneaba unos labios apretados y algo burlones; una nariz vigorosa encorvada en la raíz, y unos ojos azules, que brillaban bajo los párpados medio cerrados y cuya mirada parecía penetrar hasta el fondo de la tierra,

acababan de dar á esta fisonomía un aspecto taciturno y profundo. No constituye una ventaja tener una cabeza semejante á un enigma; estas caras de esfinge producen fácilmente desilusiones, porque se espera oír pronunciar por unos labios así todas las revelaciones que los ojos prometen, y dan á la vez ganas de reirse y de incomodarse cuando aquella cabeza encierra una razón completamente ordinaria y de aquellos labios sale una conversación trivial. El doctor Schrotter no producía este desencanto; tenía un lenguaje de una sorprendente originalidad, y cuando sus labios se cerraban, después de haber hablado, el cerebro del auditor era asaltado por cien pensamientos, que habían suscitado sus palabras. Su existencia era tan poco vulgar como su persona; nacido en Breslau, había estudiado en Berlín, y, una vez doctor, había practicado en esta ciudad; tenía veintiocho años cuando estalló la revolución de 1848, en la cual tomó parte con entusiasmo; combatió en las barricadas, figuró en el asalto del Arsenal y llegó á ser orador popular muy bienquisto; cuando sobrevino la reacción, tuvo que sufrir, por parte de la policía, un sin fin de vejaciones, á las cuales acabó por sustraerse emigrando á Londres, en donde dió primero, para vivir, lecciones de alemán; luego tuvo la suerte de ser contratado como médico al servicio de la Compañía de las Indias orientales. En la primavera de 1850 llegó á Calcutta, en donde ayudó á instalar la Escuela de Medicina; algunos años más tarde fué trasladado á Lahore, y por fin, al cabo de veinte años, durante los cuales le sucedieron aventuras más curiosas, tomó su retiro con una pensión muy elevada. Su vuelta á Europa coincidió con la guerra de 1870, y se apresuró á ponerse á dis-

posición de la Comisión de socorros á los heridos.

Una extremada templanza y una higiene severa le habían permitido conservar una salud excelente en las Indias, esa tumba de hombres, y al verles, jamás se hubiera creído que aquel vigoroso quincuagenario había pasado en los trópicos casi una existencia entera. Las solas huellas que había conservado su rostro eran, á lo más, el color algo amarillento de su piel, y la costumbre que tenía de abrir muy poco los párpados; pero aquella prolongada estancia en las Indias había ejercido sobre su sér una influencia profunda, de tal naturaleza, que extrañaba á un europeo. Era un hombre lleno de contrastes, sólo explicables por el curso de su vida; joven corporalmente, parecía muy viejo bajo el punto de vista intelectual; tenía el razonamiento tranquilo y frío, propio de los ancianos que han terminado ya sus cuentas con la existencia y que parecen asistir sin ilusiones y como críticos al fin de la comedia. Sus ojos reflejaban la pasión con bastante frecuencia, pero su palabra era siempre mesurada y suave; en sus relaciones con las gentes tenía la firmeza del hombre habituado á ser obedecido y la bondad de un patriarca que en sus subordinados, llenos de deferencia, ve al mismo tiempo á sus hijos. Era un escéptico de los más resueltos, y asociaba á este escepticismo una disposición mística que un observador superficial hubiera calificado con el nombre de superstición. Creía, por ejemplo, que ciertas personas ejercen influencia sobre los animales salvajes, pueden elevarse en los aires, interrumpir su existencia durante meses y años, para reanudarla después, leer los pensamientos de los demás y comunicar los suyos propios, sin el auxilio de la palabra, á otras gentes separadas de ellos por distancias ilimitadas. Atestiguaba

haber visto todo esto con sus propios ojos; y cuando se le preguntaba cómo era aquello posible, respondía sencillamente: «No puedo explicar estos fenómenos, como tampoco sé explicar el magnetismo terrestre ó la transformación de una larva en mariposa; todo lo que nos rodea es, en realidad, inexplicable, y toda la diferencia estriba en que se observan ciertas cosas con más frecuencia que otras».

Su filosofía, que él pretendía derivar de la de los brahmanes, cautivaba á Guillermo en alto grado, porque expresaba claramente cosas que él había sentido desde que se desarrolló su pensamiento, pero de una manera más confusa.

—El mundo—decía el doctor Schrötter—es un enigma que en vano intentamos descifrar; nos vemos arrastrados por una corriente, cuyo manantial permanece para nosotros tan oculto como la desembocadura. Inútil es preguntarnos con inquietud: ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? Lo más prudente es echarnos de espaldas y dejarnos ir tranquilamente, contemplando el cielo azul sobre nuestras cabezas y los arroyuelos murmuradores á nuestros pies; de vez en cuando pasamos por delante de una flor perfumada de loto, y nada nos impide apoderarnos de ella.

Cuando Guillermo le objetaba que esta manera de ver era demasiado egoísta, le respondía.

—El egoísmo es una palabra: todo depende del significado. Todo sér aspira á la felicidad, es decir, al contentamiento; todo objeto de disgusto nos impele á buscar su opuesto; pero es propio de las cualidades orgánicas del hombre razonable sentir simpatía por sus semejantes, y no puede ser feliz cuando ve sufrir á los demás; cuanto más civilizado es el hombre, más vivo en él es este sentimiento, y hasta puede ser tal, que la mera idea del sufri-

miento ajeno venga á excluir la propia satisfacción; el egoísmo de estas gentes consiste sencillamente en investigar los sufrimientos ajenos para tratar de atenuarlos; se esfuerzan, pues, lisa y llanamente, en alcanzar ellos mismos la felicidad. Un católico diría de San Vicente de Paul ó de San Carlos Borromeo: «Era un gran santo»; yo diría de ellos: «Eran unos grandes egoístas». Mostremos afecto por todos aquellos que van flotando á nuestro lado en el río inexplorado de la vida, y saboreemos en ello, sin escrúpulos, nuestro placer como archiegoístas.

Guillermo no se cansaba de interrogar á Schroetter acerca del maravilloso país en que nace el sol, acerca de sus habitantes, de alma tan dulce, y acerca de su filosofía; y el doctor le daba siempre mil detalles interesantes sobre sus aventuras y las experiencias que de ellas había sacado. Así pasaron en la casa-escuela de Tonnerre días bien tranquilos cuya monotonía interrumpían sólo las visitas de algunos compañeros y las numerosas cartas de Pablo Haber y de las señoras Ellrich. A Pablo le iba muy bien; estaba en Versalles, en donde había logrado entablar relaciones valiosas, de las cuales se prometía sacar grandes ventajas una vez reintegrado á la vida civil; únicamente le molestaba no poder obtener permiso, á pesar del armisticio, para venir á ver á su amigo. La señora Ellrich se lamentaba del aumento de correspondencia que le había ocasionado la guerra; á pesar de esto enviaba dos veces por semana á Guillermo consejos detallados, destinados á acelerar su curación. Loulou le escribía encantadores billetes, que rebosaban ingenio y sentimiento; su herida la había asustado mucho, pero su heroísmo la había producido gran contento: esperaba que su pierna no queda-

ría rígida; pero aun cuando así fuera, la cosa no tendría gran importancia, puesto que ni bailaba ni patinaba. El invierno se deslizaba muy triste en Berlín: ni bailes, ni *soirées*; se pasaba el tiempo arreglando botiquines y pinchando alfileres en el mapa de Francia; la única distracción consistía en recibir á los heridos y los prisioneros en las estaciones, y aun esto lo echaban á perder las hablillas de los periodistas. ¡No habían llegado hasta á echar en cara á las señoras el acoger con demasiada benevolencia á los oficiales franceses! Era preciso, sin embargo, sacar partido del francés que con tanto trabajo se había aprendido; y luego, ¿no era ese el papel de las mujeres, ser indulgentes y buenas para los vencidos, y representar en plena guerra la humanidad, mientras los hombres personificaban el valor y la fuerza? Había hombres amables entre los prisioneros franceses, tan guapos mozos, tan ingeniosos, tan caballerosos, que se les perdonaba el ser los vencidos; se tenían tristísimas noticias de los conocidos; únicamente el señor de Pechlar, el oficial de húsares que Guillermo conocía, había salido completamente sano y salvo y tenía ya la cruz de hierro de primera clase. ¿Guillermo la debería también haber recibido?

Guillermo no había podido responder hasta entonces á esta pregunta. Una tarde, hacia últimos de Febrero, mientras se paseaba ya por su cuarto, apoyado en un bastón, vió llegar al ayudante del regimiento, que le dijo:

—Buena noticia; tiene usted la cruz de hierro.

Y como Guillermo no contestaba nada, continuó:

—Su capitán de usted tiene la de primera clase; se halla ahora fuera de peligro, y él es, naturalmente, quien le ha propuesto á usted. Aquí, para

entre nosotros, la cosa ha ofrecido más de una dificultad: se le ha conservado á usted cierta inquina por el asunto de la bandera; pero estuvo usted notable de arrojo en la manera como fué á levantar al capitán en medio de una granizada de proyectiles. Dispénsese usted mi indiscreción, querido compañero: ¿por qué no ha obrado usted con la bandera como con su capitán?

—Se lo diré á usted de buena gana: el capitán es un hombre; la bandera no es más que un símbolo, y un símbolo, á mi juicio, no vale que se exponga la vida de un hombre.

El ayudante le miró con ojos extraviados.

—¿Un símbolo?—dijo.

Pero Guillermo no se contentó con esto, y prosiguió:

—Siento profundamente que no se me haya preguntado nada antes de proponerme para la cruz de hierro: no puedo aceptarla.

—¿Que no la acepta usted? ¡Pero eso no es serio, hombre!

—Perdone usted, querido compañero; no puedo admitir que por haber cumplido sencillamente con mi deber de ciudadano y de hombre, se me haga merced de una insignia que pregone por calles y plazuelas mis actos heroicos.

—Habla usted como en una tragedia, mi querido señor Eynhardt—dijo el ayudante;—pero haga usted lo que quiera, le queda la satisfacción del deber cumplido. Todavía no se ha visto nunca á nadie rehusar la cruz de hierro.

Saludóle muy fríamente y se marchó. El doctor Schrotter se acercó á Guillermo, y le dijo sonriendo:

—La palabra tragedia pronunciada por el ayudante no es del todo equivocada; creo, con efecto,

su renuncia de usted algo teatral; podía usted aceptar la condecoración y guardársela en el bolsillo; yo tengo también una colección de cintajos de ese género; pero no los llevo.

—Pero los hombres que desprecian esos cintajos y medallas, ¿no deben dar el ejemplo á los demás?

—Mi querido amigo, cuando se es joven se tiene siempre la pretensión de dar lecciones á los demás; luego, con los años, nos volvemos más modestos.

Esta réplica llegó á lo vivo á Guillermo y le turbó. Schrotter asíóle con viveza la mano y le dijo:

—Eso no importa: en el fondo estamos de acuerdo; toda la diferencia está en que usted tiene veinticinco años y yo cincuenta.

Y como Guillermo permanecía callado y parecía reflexionar, Schrotter continuó:

—También habría mucho que objetar á propósito de lo que ha dicho usted del símbolo; teóricamente tiene usted razón, pero en la práctica no tiene usted el derecho de obrar según sus ideas. Todo lo que vemos, todo lo que hacemos es un símbolo. ¿Dónde está el límite? La bandera es un símbolo, pero el combate también es otro, seguramente. Oigame usted: dos ejércitos se disputan la posesión de una aldea, ó bien, sencillamente, la de un cementerio ó la de una colina, que no puede servirles para nada ni al uno ni al otro. ¿Por qué lo hacen? Porque la posesión de esta posición es un símbolo y significa que uno de los ejércitos, uno de los pueblos es más valiente que el otro y tiene por esto el derecho de imponer su voluntad á este último. Por esta acción simbólica es por la que se matan treinta mil hombres, y usted se cuenta en ese número. Y no se tiene siquiera en este caso la

excusa de ejecutar designios históricos prescritos por leyes desconocidas, puesto que, al contrario de los historiadores hábiles y previsores, después de que las cosas han pasado, creo que las batallas llamadas decisivas no deciden absolutamente nada, y no son sino accidentes sin influencia alguna en los destinos del mundo. Marathón no ha preservado á los griegos de su ruina, ni Cana á los cartagineses. Todas las victorias de los romanos no han podido impedir que los germanos dominaran al mundo cuando les llegó su hora; las de los cruzados han sido impotentes para conservar Jerusalén á la cristiandad; las victorias obtenidas por Napoleón I no han servido para nada á Francia; las derrotas de Italia no han impedido su unidad, y las de los rusos en Crimea no han detenido en nada el desarrollo de esta nación. Hé aquí en algunas palabras el fondo de mi pensamiento: estoy convencido de que la fisonomía de Europa sería absolutamente la misma, si las derrotas que han sufrido sus pueblos hubieran sido victorias, y recíprocamente. Ya lo ve usted: la victoria no es, pues, más que el símbolo de la superioridad momentánea de un pueblo sobre otro, y es hasta un símbolo desprovisto de valor, porque nada prueba para lo porvenir, y usted sacrifica su vida por este símbolo, mientras que no la sacrifica por otro. ¿Dónde está la lógica en todo esto?

—Tiene usted razón—dijo Guillermo;—nuestros actos no están regidos por la lógica; pero yo sé una cosa: si todo es un símbolo, la vida de un hombre no es un símbolo; es lo que parece ser, y tiene en ella misma su propia significación.

—¿Lo cree usted así?—dijo melancólicamente Schrotter.

—Sí; aunque vea clara la duda envuelta en su

pregunta. Un hombre vivo es para mí un enigma, que contemplo con terror y con respeto. ¿Quién puede saber los destinos que le aguardan, los actos que realizará, las verdades que podrán debérsele, la felicidad que procurará á los demás? Por esto, siempre que le veo amenazado, expongo de buena gana mi vida para salvarle, porque yo me conozco á mí mismo y considero mínimo mi valer.

Schrotter meneó la cabeza.

—En ese caso, un adulto debería evidentemente arriesgar su vida para salvar á un niño, porque éste podría llegar á ser un Newton ó un Goethe, y además el niño es el porvenir, y el porvenir tiene siempre preeminencia sobre el presente y el pasado; pero esto no podría aplicarse á un hombre maduro; éste ya no es un enigma; se sabe siempre, poco más ó menos, lo que vale. No trate usted, pues, de explicar un hecho absolutamente instintivo: ha obrado usted por simpatía, por un sentimiento de solidaridad natural hacia el prójimo. Y estaba usted en lo cierto.

Guillermo le miró con agra decimiento, Schrotter le apretó cordialmente la mano.